

Biblioteca Nacional N° 1

REVISTA QUINCENAL
dedicada a las Artes,
a las Ciencias y a las
Industrias

CULTURA

SAN JOSE, COSTA RICA

1.º JULIO DE 1930

AÑO II ♦ No. 33



ALEJANDRO ANDRADE COELLO



\$ 100⁰⁰



de premio al mejor industrial de Costa Rica

Definitivamente se señala el número correspondiente al 15 de Setiembre próximo, como dedicado a las industrias nacionales. En tal fecha, para celebrar, además, la fiesta de la Independencia, se hará una EDICION EXTRAORDINARIA DE «CULTURA».

Esté atento a este sensacional concurso, que tanto interés ha despertado en el comercio.

PIDA SIEMPRE EL COGNAC

MARTELL

CULTURA

REVISTA QUINCENAL DEDICADA A LAS CIENCIAS, LAS ARTES Y LAS INDUSTRIAS

Suscripción anual para el exterior \$ 4.00

Suscripción mensual para Costa Rica ₡ 1.00

DIRECTOR:

EFRAIN ARGUEDAS CABEZAS

Toda correspondencia relacionada con la Administración debe ser dirigida al APARTADO No. 872

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

Cronista, cuentista, ensayista, crítico: la personalidad del escritor ecuatoriano Andrade Coello es de las que han marcado, en América, el rumbo de su gloria.

Escritor de motivos universales, no olvida, sin embargo, el aspecto vernáculo. Su libro de crónicas sobre la ciudad de Quito—ciudad histórica por excelencia—lo señala como crónista sensitivo, capaz de captar, rápidamente, los detalles psicológicos que viven en las ciudades, todavía con cierto apego a la época heroica de la colonia, de nuestra América.

Su mejor libro es, sin duda alguna, el que tituló «Notiones de Literatura», escrito con sobriedad amena: libro fuerte, en que el escritor pone todos sus alcances de estilo, logrando realizar un intento nada común en las zonas, cargadas de frivolidad, del continente. Se ve, en él, al pensador

que labora por conquistar un nombre efectivo; al psicólogo, al espíritu amplio, al intelectual. Andrade Coello, que desprende, con juicio de verdadero esteta, de sus escritos plenos de sencillez, la vieja retórica, logró con ese libro sitio preferente en las letras americanas. Creemos que ese libro debiera ser difundido ampliamente.

Su labor de crítico es de las más recomendables, por la sinceridad que pone en sus comentarios. Desde las columnas de «El Comercio», decano de los diarios quiteños, Andrade Coello ha logrado realizar el propósito de convertir el periodismo, tan hábilmente disfrazado en los últimos tiempos por personajes inescrupulosos, en un arte amplísimo en muchos sentidos. Nosotros, frente a su obra, lo expresamos así para cumplir con un deseo que era ya necesario realizar.

La tradición artística del pueblo de Quito

El arte, que es verdad y es belleza, se alza como supremo educador. Pule el sentimiento popular y afina las cuerdas de su corazón. Estimar las producciones artísticas es propender al afianzamiento de la cultura nacional.

La historia, en sus lecciones luminosas, está ponderando cómo los pueblos artistas se distinguieron por sus acciones cívicas, por sus virtudes, por sus grandes heroísmos, rechazadores de la barbarie, del egoísmo y de la grosería.

Cerebros oscuros, como el del escudero del hidalgo manchego, piensan que el arte nada produce y que es censurable desperdicio difundirlo y premiarlo. Craso error éste que reduciría a los pueblos al estado salvaje, por más que habitasen palacios de oro. El alma de las muchedumbres está destacando la consciencia de su civilización, tanto más grande cuanto concibe con más primor el sentimiento estético. Opera, drama, zarzuela, divinos versos, música que nos ennoblece, canto que nos encumbra, cuadros y estatuas que son deleite espiritual, construcciones eurítmicas,

armonía helénica, ¡cómo conquistáis el gajo de laurel para adornar las frentes soñadoras que inmortalizaron a las cunas más humildes!

Quito no es ciudad de millones de habitantes ni goza de todas las modernas comodidades materiales; pero fulge como un relicario del arte. Por esto aspira a la perpetuidad de su nombre.

Conservar este augusto prestigio, sostenido desde la época colonial, es deber de la ciudadanía. El fomento artístico, el franco apoyo a sus múltiples manifestaciones será obra de santas vestales que mantengan siempre vivo el fuego sagrado: la belleza.

Su valor moral es axiomático. Las fealdades judaicas argumentarán en contrario, porque la hermosura del alba no ha entrado todavía a irradiar en sus pechos. «El argumento del apóstol traidor ante el vaso de nardo derramado inútilmente sobre la cabeza del Maestro—observa el uruguayo artífice del verbo: Rodó—, es todavía una de las fórmulas del sentido común. La superfluidad del arte no vale para la masa anónima los trescientos denarios. Si acaso la respta

es como un culto esotérico. Y sin embargo, entre todos los elementos de educación humana que pueden contribuir a formar un amplio y noble concepto de la vida, ninguno justificaría más que el arte un interés universal, porque ninguno encierra—según la tesis desenvuelta en elocuentes páginas de Schiller—la virtualidad de una cultura más *extensa* y completa, en el sentido de prestarse a un acordado estímulo de todas las facultades del alma.

» Aunque el amor y la admiración de la belleza no respondiesen a una noble espontaneidad del ser racional y no tuvieran, con ello, suficiente valor para ser cultivados por sí mismos, sería un motivo superior de moralidad el que autorizaría a proponer la cultura de los sentimientos estéticos, como un alto interés de todos. Si a nadie es dado renunciar a la educación del sentimiento moral, este deber trae implícito el de disponer el alma para la clara visión de la belleza. Considerar al educado sentido de lo bello, el colaborador más eficaz en la formación de un delicado instinto de justicia. La dignificación, el ennoblecimiento interior, no tendrán nunca artífice más adecuado. Nunca la criatura humana se adherirá de más segura manera al cumplimiento del deber que cuando, además de sentirle como una imposición, le sienta estéticamente como una armonía. Nunca ella será más plenamente buena que cuando sepa, en las formas con que se manifieste activamente su virtud, respetar en los demás el sentimiento de lo hermoso.

Nº 3
Jabón
PALMERA
Nº 3

Siempre se vende empaquetado
y las envolturas las cambiamos
por PREMIOS

EL MEJOR PARA LAVAR ROPA

Esperanza!

¡Oh compañera joven tan lozana
al culminar en tus primeros días!
En medio de esa vida tú sentías
bullir los grandes triunfos del mañana.

¿Recuerdas hoy que fué mi edad temprana
de miras amplias? ¡Tántas mantenías
tú, corazón, pensando en lejanías
y bellos horizontes! Ves, hermana,

en este mundo cunden decepciones;
las vimos en la senda recorrida:
en luchas, en amores, devociones.

¿La torre del prestigio vése erguida?
La hundieron en el mar de las pasiones.
¡Es negra la amargura de la vida!

OTONIEL FONSECA QUIROS

» Cierta es que la santidad del bien purifica y ensalza todas las groseras apariencias. Puede él, indudablemente, realizar su obra sin darle el prestigio exterior de la hermosura. Puede el amor caritativo llegar a la sublimidad con medios toscos, desapañibles y vulgares. Pero no es sólo más hermosa, sino mayor, la caridad que anhela transmitirse en las formas de lo delicado y lo selecto; porque ella añade a sus dones un beneficio más, una dulce e inefable caricia que no se substituye, como un toque de luz».

Quito es pueblo selecto y genial: sabe entusiasmarse ante su positiva herencia de arte.

Ahí están los templos, ahí las casas solariegas, ahí las variadas manifestaciones artísticas; ahí, a cada paso, los recuerdos de belleza. Imperativa obligación es custodiar aquellos tesoros y aumentarlos, merced a la cooperación de los de arriba y de los de abajo.

Quito tiene suavidades de madrigal; intuye admirablemente sus creaciones estéticas. Fomentar su vocación, propagar su genio, es añadir a la sólida educación del pueblo el auténtico sentimiento de la grandeza nacional.

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

MIGUEL ANGEL MEÑO

PINTOR - TAPIZADOR

375 VARAS AL SUR DEL BANCO DE COSTA RICA

La insinceridad de la crítica moderna

Al margen de la última obra de José Rodríguez Cerna

(INÉDITO, PARA CULTURA)

En otro ensayo decíamos que la crítica se ha tenido, a veces, como un ramo ineficaz de la literatura. Sin embargo, examinando el origen psicológico de la crítica, y el histórico, afirmábamos que nada se puede crear sin el ejercicio crítico de la facultades ideológicas e intuitivas del hombre. Las más diversas escuelas de crítica han convenido, en efecto, en que esa rama de la literatura no es tan ineficaz: ni por sus métodos, ni por sus tendencias. Puede la crítica ser tendenciosa en muchos sentidos: en el de fijar cauces filosóficos, por ejemplo, o en delimitar estudios de idioma o de artes en general; el asunto estético, con su amplitud característica, no estruja sus perspectivas en frente de la crítica: ni el científico, ni el artístico, ni el literario. En los últimos tiempos, los críticos han conducido este arte —arte de creación, por cierto, es la crítica— por senderos de estrechez. La han llevado, por honda desgracia, a que culmine en una expresión de insinceridad. Los juicios laudatorios, que nos han dado fama de amplitud de espíritu a lo largo de un continente que vive, no en el estudio sostenido, sino en una gran pereza, nos han hecho el peor daño: el de creernos suficientemente respaldados para no darle la pujanza necesaria a la obra que realizamos.

Y no sólo es una enfermedad de nuestro continente: países de cultura secular, como España, han caído en el despropósito de hacerlo, con el beneplácito, al parecer, de los mejores escritores de nuestra lengua. Las editoriales, españolas y americanas, en su gran mayoría, estampan juicios, frente a sus ediciones, en términos tan definitivos, que el público, escaso de facultades críticas en gran número, se siente precisado a leerlas. La réclame comercial, que lo es en estos casos, invade, con idéntica facilidad, lo mismo la edición de un indiscutible literato, como la de un mediocre poeta: insistimos, pues, en que los críticos han conducido este arte a una expresión de insinceridad, que precisa hombres leales consigo mismos que la repelan con mayor energía; tanto mayor cuanto mayor número de críticos de la nueva escuela de *insinceridad* existan en América y España.

Y para que se vea hasta dónde estas declaraciones pueden interesar a los espíritus estudiosos, permítasenos comentar, de un modo concreto, el caso de un libro recientemente aparecido en Barcelona. Se titula *Tierra de sol y de montaña* y es de un escritor tropical: José Rodríguez Cerna.

Al abrir el libro, encontramos un dictamen vertido sobre él, por el literato español Antonio Rey Soto y los guatemaltecos Rafael Arévalo Martínez y César Brañas, nombrados por la Secretaría de Educación Pública de Guatemala, que adquiere mil quinientos ejemplares del tomo, para dictaminar sobre el mérito del mismo. Entre otras cosas, los firmantes del dictamen dicen: «Los firmantes abajo, miembros de la comisión designada para dictaminar acerca del mérito de la obra intitulada *Tierra de sol y de montaña*, original del Lic. José Rodríguez Cerna, tienen el alto honor y la satisfacción profundísima de manifestarle que, leída atentamente dicha producción, la han encontrado, en cuanto a la forma, verdaderamente lapidaria y única, pudiendo decirse de ella que muy pocas páginas en la Literatura Castellana la igualan, y ninguna la supera. Cualquier capítulo de ella es digno de figurar en las más depuradas antologías».

Si no hubiésemos leído, antes de conocer este dictamen,

TODA TU



El escritor colombiano Alberto Durán Rocha acaba de publicar un libro de prosas cortas, en que el miniaturista revela destreza y agilidad nada comunes. Lo dedica al elogio romántico de una mujer, realizando un análisis artístico de su cuerpo. Su sensualidad es de las aceptables, por la finura del detalle descrito y la novedad de la metáfora lograda.

Se trata, como dice el prologuista, de un escritor ya maduro: ha pasado por la edad crítica en que el adjetivo sustituye a la emoción y la sonoridad a la idea. Para el lector sagaz, el libro de Durán Rocha es deliciosamente parco, sin que la ausencia de tesis doctoral menoscabe lo que de ímpetu y de armonía ha de tener una obra de esta naturaleza.

CULTURA se complace en publicar este elogio, con el ánimo de llamar la atención sobre el escritor que en forma tan breve pero tan dulce, trabaja miniaturas de tanto valor literario.

al señor Rodríguez Cerna, de seguro que esas palabras hubiesen despertado en nosotros interés por su obra. Ya conocíamos su *Libro de las Crónicas*, en que campea, junto a la flexibilidad mental del cincelador, la belleza plástica del cronista hecho a golpes de inteligencia:

un libro que no recuerda a ningún cronista, ni europeo ni americano: vale por sí solo. Pero hemos de confesar que *Tierra de sol y de montaña*, fuera del propósito altamente patriótico que lo inspira, no es, ni con mucho, para determinar la obra de un escritor. Pareciera que Rodríguez Cerna, por impulsos de su grande emoción, al cantar las bellezas de su patria, olvidara que un libro, no importa el motivo que trate, debe tener, tanto en la forma como en el fondo, una cierta excelencia en lo primero y gran vigor en lo segundo. No podría negársele, es verdad, a *Tierra de sol y de montaña*—no lo intentamos para no incurrir en el pecado de la crítica insincera—una que otra pincelada matemática. Pero, la distancia que hay entre las palabras de los dictaminadores y el mérito intrínseco de la obra, nos han puesto en el trance de comentarla. La adjetivación, excesiva, de los capítulos que la forman, recarga el oído del crítico sagaz. Notamos que en muy pocas líneas se emplean muchos adjetivos, con peligro de incurrir en el lugar común. Y en verdad que incurre, en algunos pasajes, con detrimento de otras páginas de mucha pureza. Abundan las metáforas: se duele, en el prólogo del libro, su autor, de que algunos de sus paisanos conceptúen sus capítulos viciados de retórica. Nosotros, sin ser sus paisanos, tenemos que afirmar lo mismo: la metáfora abundante es retoricismo puro. Variar el sentido recto por otro figurado, pudiendo dársele a la prosa la flexibilidad y sugestión con lo primero, acusa un completo curso de retórica. No hay quien se salve, en ocasiones, de incurrir en la retórica: pero hacerla sistemáticamente es peligroso.

Hemos querido llegar hasta aquí para que se vea la insinceridad de la crítica actual: no es esta obra, como lo afirman los dictaminadores, en cuanto a la forma, lapidaria y única. Retóricos ha habido a montones en España y América. Demeritarlos, con esa afirmación, para elevar a otros, no es tarea que intente quien esté en trance de lealtad consigo mismo. La otra afirmación, de que puede decirse de este volumen que muy pocas páginas en la literatura castellana lo igualan y ninguna lo supera, entraña la audacia mayor que pueda verse de parte de tres distinguidos escritores. Eso quiere decir que, a pesar de haber nacido en tierra española, o no conocen nada de su propia literatura o la olvidan, incurriendo en el gravísimo pecado de la *insinceridad*. En uno o en otro caso, el pecado siempre es el mismo: insinceros. Por no conocer los valores del medio en que viven, o conocerlos y demeritarlos por envidia o por capricho, para dar juicio que no están sintiendo, a otros menos representativos. España y América deben, a estas horas, luchar porque la sinceridad vuelva a sus intelectuales.

ROJAS VINCENZI

"Toda Tú"

(De Alberto Durán Rocha)

Envío a Ud. mi agradecimiento fervoroso por el obsequio de su primer libro, así como por la gentilísima dedicatoria.

TODA TU es la revelación de un poeta de alma sutil que ha preferido consignar en prosa sus cantos inspirados por las ardientes pasiones del Amor y de la Belleza.

ALEJANDRO ALVARADO QUIRÓS

Ellas (Ella, tú)

(INÉDITO, PARA CULTURA)

ELLA

Fascinante, embriagadora y rítmica, tenía— como las sacerdotisas de los misterios antiguos— el encanto de su perpetua juventud, la gracia de sus formas incitantes y el sortilegio de sus danzas.

Amó con una grandiosidad incomparable; pero el amor, en ella, fué un arrebató de la sangre, una locura báquica, un festín mitológico.

Sus caricias fueron zarpazos de deseo, y, sus besos, succiones de vampiro.

Pasó por la vida como un incendio de pasiones voraces, con un cortejo de faunos enloquecidos; sin embargo, la alta serenidad de su frente—digna de las diademas de un imperio— parecía rodeada por un halo refulgente y sagrado.

Diosa o mujer, sacerdotisa o hetaira, nadie fué, como ella, fascinante, embriagadora y rítmica.

TÚ

Tú, noble, sencilla y buena—flor de algún jardín mirífico—eres el dulce manantial de mis más altas y puras alegrías.

Como en la Madre del Cordero, hay en tí la miel de las virtudes, la música de los coros celestes, la paz de las altas cumbres y la blancura inmaculada de los sacrificios.

Todo en tí es espíritu: majestad, modestia, resplandor divino.

Todo en tí es sonoro: palpar de ave, murmurar de fuente, armonía del Cosmos.

Eres Todo y eres alma: ánfora de ternuras, lámpara votiva, promesa de redención, Jordán de la Divina Gracia, flor de algún jardín mirífico, y dulce manantial de mis más altas y puras alegrías.

ALBERTO DURAN ROCHA

PENSAMIENTOS DE ALMAFUERTE

* Aunque residas entre alienados, calcula; aunque vivas entre mujeres, ármate; aunque duermas entre recién nacidos, vigila...

* Cada átomo de alma, cada átomo de tigre: toda espalda está amenazada de su estileta, y toda mano condenada a herir...

* Hasta lobos reposan entre los lobos; pero tú no te confíes al sueño, ni sobre el pecho de tu propio hijo: nada te ama.

* Tu fe, tu esperanza y tu caridad no son nada más que variedades de tu interés.

* Nadie que haya hecho algo bueno ha querido hacerlo. Dentro de cada uno lo que hay es un secreto inconfesable. Aquel más criminal o más vil todavía lo es más.

Perfiles de Gabriel Miró

La explicación del movimiento histórico, según el paso marcado por las distintas generaciones, es procedimiento de prácticos resultados. Pero ocurre a veces que cuantos forman, por mandato del tiempo, en una misma columna, lejos de mostrarse uniformados, en cierto modo, por ese aire vago, pero cierto, que es el espíritu de cada época, se manifiestan en sensible disonancia. Ejemplo cumplido de una generación perfectamente definida—reduciéndonos a nuestra España—es la famosa del 98: de ahí su fortuna como designación de un punto de sensibilidad e ideología que es capital, sin duda, en la literatura española. Y modelo, precisamente, de lo contrario, esto es, de una generación bien poco orgánica, por lo mismo quizá que es rica en temperamentos de fuerte individualidad, es la siguiente a la del Desastre: la integrada por los que nacen, año más, año menos, hacia 1880: la promoción que entra en juego a la hora del modernismo: los adolescentes del 900, que ya empiezan a ver cómo se instalan en conspicuas posiciones los del grupo precedente: Valle-Inclán, Baroja, *Azorín*...

Esta generación, que no da únicamente literatos, sino profesores, enriqueciendo sólo de pasada, con puntos de vista totalmente aislados, el consabido *problema de España*, destaca figuras llamadas a la suerte más varia: Juan Ramón Jiménez, José Ortega y Gasset, Ramón Pérez de Ayala, Eugenio D'Ors, Enrique de Meza, Enrique Díez Canedo, Gabriel Miró...

Justamente de Gabriel Miró quiero hablar. Pero necesitaba situarle en el tiempo, si ello es posible. Yo no sé qué puede tener de sus contemporáneos, aunque me parece que no fué ajeno a la formación de su espíritu aquel gusto modernista—en sentido lato—que sobre todos operó a su hora. (¿Será éste el único dato que permita reconocer sustantividad a la generación en entredicho...?) Lo cierto es que Gabriel Miró puede quedar explicado por razones que no toquen demasiado al tiempo. Los procedimientos, útiles por lo común, de la nueva Geología moral, quizá no bastan a ilustrar el fenómeno de este arte personalísimo, haciendo ver los estratos superpuestos de influencias generales. Más bien puede encontrarse, siquiera sea en parte, la razón de Miró y su obra, no en los años, sino en las leguas. (*Años y leguas* es el título de uno de los libros más felices de Gabriel Miró). Leguas cubiertas, con tanto amor como conocimiento, a través de las campiñas y serranías levantinas. Por rutas que más se complacen en buscar la comunicación con modos generales de las literaturas mediterráneas, que con la estrictamente castellana. Bien entendido—esto

importa mucho—que nuestra lengua obtiene en Gabriel Miró un punto extraordinario de madurez, esplendor, abundancia y exactitud. Escritor español, desde luego: profundamente español. Pero de ese Adelantamiento o Marca que se pierde, fronteras arriba, mar adentro, entre palmeras conmovidas por un viento de acetrados perfumes orientales. ¿De Jerusalén? ¿De Bagdad?.. De Alicante, precisamente: sierra y marina. Quiebras de tierra ocre, almendros en tropel, jirones de mar prendidos de las altas rocas... No mapa mudo ni croquis simbólico. Alquería y pueblos, valles y picos, cabos y calas, hallan su nombre exacto al ser evocados y descritos en los

bradas narraciones: *Nuestro Padre San Daniel*. Este escenario de vieja ciudad episcopal, estos personajes de minúscula existencia, complicados a la par en los diversos negocios de lo temporal y de lo eterno, no son, ciertamente, nuevos en nuestra novelística. Están, sin duda, en Galdós, en *Clarín*, en Blasco Ibáñez, en Picón... Más nadie podrá confundirlos; les envuelve una atmósfera de creación poemática, rica en reflejos, vislumbres, transparencias, incinaciones, matices y estímulos. Todo por obra del verbo... La palabra es, en Miró, decisiva, propia y bella; jamás islote sin provecho; continente vasto y orgánico, de profundas resonancias, porque no todo está en el relieve de la prosa, sino en su entraña; estilo que no pule superficies por la mera voluptuosidad de las formas, sino en función de activos gérmenes interiores; semillas del alma de las cosas, que dejan la flor de la imagen y la metáfora. Motivo por el que yo rehuyo, en cuanto a Miró y su estilo, el tópico de la orfebrería. Miró no es orfebre, sino jardinero.

*
*
*

Las fechas en que aparecieron sus libros jalonan la biografía de Gabriel Miró; no peripecias de otra índole. Al menos, no abundan los lances exteriores en la vida de nuestro autor. Niñez en Orihuela. Adolescencia y juventud de señorito estudiante. Abogado con la misma falta de fé que otro muchacho cualquiera. Opositor, como Sigüenza, a la Judicatura. Sigüenza es el doble de Miró: Miró mismo: héroe de sus novelas, razonador de todas las fabulaciones, más que protagonista. Le falta acción, quizá porque le sobra pasión. Pasión que no desborda jamás: por lo que se aprieta y adenza, hasta cuajar en el alma, fundiéndose y confundiéndose, bajo un gesto de melancólica serenidad. Gesto que establece distancias... A distancia vivió, vive, vivirá siempre Gabriel Miró, guardián celoso de su arte, jamás apremiado por codicia ni rendido a veleidades de fácil seducción. «Yo no quiero ser nada, sin ser mío...», dijo el caballero y poeta don Luis de Ulloa y Pereira.

Iniciación del siglo XX. Tanteos de Gabriel Miró y su inseparable Sigüenza; *hombre apartadizo que gusta del paisaje y de humildes caseríos*... Comienza a andar en *Del vivir* (1903). «Llegaré a Parcent», dijo. Pero fué más allá: llegó a la notoriedad literaria, con *Nómada*. ¿Recuerda el lector todavía *El cuento semanal*...? Allá se publicó esta bella narración de Miró. Allá hicieron sus pruebas escritores de porvenir vario. No precisaba ser muy lince quien notase, entre tanto y tanto conato, que el muchacho ali-

SASTRERIA

ESTRELLA DE ARTE

— DE —

G. ARTAVIA

Preferida por la gente elegante

TELEFONO No. 3686

SAN JOSE, COSTA RICA

FRENTE AL CABLE

libros de Gabriel Miró. Escritor perfectamente localizado, pues. Pero no local, ni regional siquiera, en el sentido que acarrea limitaciones de horizonte estético. Un escritor es local, o deja de serlo, por superación del campanario, en vista, no del tema en sí mismo, sino de la calidad de emoción que suscita. Es sumamente difícil que el costumbrista de una comarca o registrador de sus paisajes asuma valor literario de cierta categoría si no acierta a comprender el sentido instrumental de los infinitos pormenores que la realidad agrupa. Quien no transfigura o transpone, queda en ese bajo plano de lo pintoresco o de lo enumerativo—ni discriptivo siquiera—que es propio de cualquier escritor provincial. El toque que salva puede estar, por ejemplo, en la expresión. Nada mejor que la palabra para operar esta clase de milagros. Caso concreto de Gabriel Miró: *Novela de capellanes y devotos*, verbigracia, es el subtítulo de una de sus más cele-

cantino, revelado casi de súbito, se incorporaría rápidamente a lo más granado de nuestra literatura. En *Nómada* está, evidentemente, la promesa segura de Gabriel Miró. Pero está también, anticipada, una visión muy actual de los recursos expresivos del lenguaje.

1908: *La novela de mi amigo*. 1911: *Las cerezas del cementerio*. 1915: *El abuelo del rey*. 1917: *Libro de Sigüenza. Figuras de la pasión del Señor*. 1921: *Nuestro padre San Daniel*. 1922: *Niño y grande*. 1926: *El obispo leproso...* No es completa esta enumeración: la obra total de Gabriel Miró se cifra en más de una veintena de volúmenes. Si en uno de ellos pudiera condensarse la esencia de todos los demás, quizá fuera este libro representativo de Miró el titulado así: *El ángel, el molino, el caracol del faro*. Yo lo prefiero, porque en sus breves capitulillos, sueltos, al parecer, pero enlazados íntimamente por una común emoción lírica del mundo y sus pormenores, alcanza la prosa de Gabriel Miró sus mejores efectos, en alarde muy gentil y matizado, de fineza, ternura, penetración, poesía. Pero poesía no abstracta: poesía de lo concreto, familiar y humilde, hecha de fervor y exactitud. La Musa que conduce a Miró por ese mundo delicado y elocuente que llama a todos los sentidos, es doctora, a su modo, en ciencias exactas, físicas y naturales. El secreto del mundo está en el nombre de cada cosa. Gabriel Miró los conoce todos. De las flores, de los frutos, de las nubes, de los vientos, de las pasiones también. Más novelista de lo que muchos creen, cuenta con un laboratorio de almas. No hace un análisis al minuto, ni gusta de agitar violentamente los tubos de ensayo. Pero no hemos de reprochar la lenti-

tud del procedimiento si el resultado brinda las reacciones que cabe apetecer. Alguna vez he citado ya la carta aquella de María Fulgencia a Paulina, en *El obispo leproso*, por creerla de un acento raro en nuestra novela de todos los tiempos. Es una contribución rara de veras a la novela psicológica de divisa española. Certera, clara, tornasolada, humanísima: «...Las aguardé hasta sentir las en la escalera, y entonces corrí a esconderme en mi alcoba, la de mis padres, donde yo estuve muy enferma de tifus. En todos mis miedos me refugié aquí. Le vuelvo la espalda a todo el caserón, porque me pongo en la ventana para mirar el puerto; todo lo miro muy bien; voy contando los limones que han salido en una rama, o las veces que acude la misma abeja al mismo albaricoque, o rompo papeles y los dejo ir para ver los trocitos que caen dentro de la acequia, y se van a caminar por el agua, y yo me digo que estoy muy distraída, que el miedo me lo dejé perdido por la casa tan grande, y que no soy yo, precisamente, la preocupada y la temerosa... Sentía la respiración de usted y la medía con mi latido. ¡Qué cerca estábamos: qué cerca yo de la madre de Pablo!... Usted es su carne, su sangre; las manos de él son como las suyas, y la boca, y los cabellos, y la ansiedad de los ojos. ¡Qué vida tan profunda de mujer debe sentirse siendo la madre de él! Al principio de verme aquí sola me aconsejaba a mí misma: Ya no he de recordar nada, porque ya no hay remedio. Pero por eso, porque ya no hay remedio, no se me olvida nada. De veras le juro que no hay remedio: él no me verá nunca. Renuncio a lo más gustoso: a ser mirada por él; pero no renuncio a verle, verle sin que él

lo sepa... Nunca me propuse que las cosas fuesen mías, sino yo de ellas. Por eso parezco tan antojadiza... Ahora todos los días me asomo a mi terrado para mirar el tren de Oleza, el que sale de Murcia a Oleza. Tan lejos se quedó Oleza, que ya tiene tren, y con las mulas de mi labranza y un faetón de mis abuelos, fui de este casón a la felicidad. Si su hijo también saliese a la ventanita más alta para ver el otro tren, el que viene a Murcia, no se enfade usted ni me aborrezca. Ya no pasará nada. Se lo juro porque ahora ni su hijo podría volverme a la felicidad de antes...»

MELCHOR FERNANDEZ ALMAGRO

(De *Cosmópolis*, Madrid)

Vida que pasa

Si úno pudiera hablar con la madre de la muchachita que sale con el novio a pasear *el amor* por los sitios sombríos, le preguntaría cómo es posible una inocencia maternal tan grande y tan culpable.

Y si úno hablara con la pobre muchachita, le diría qué es el amor, cosa que ella desconoce en absoluto, aun que el astuto galán pretenda simularlo. El amor, sentimiento puro, noble, digno y bello, no tiene ese aire canallesco; no anda, como los bandidos, ocultándose. El amor respeta al sér amado, va por senderos claros y sus designios son honrosos y plausibles.

¿Qué relaciones lícitas son esas que reclaman la continua vigilancia de la policía y de los guardianes de los paseos públicos? ¿Qué felicidad obtendrán las pobres chicas de los paseos clandestinos?

En los países más civilizados de la tierra, se juzgan y condenan como graves delitos las hazañas de estos tenorios que se dedican a burlarse de chicas cándidas. Aquí gozan de plena impunidad; la acción de las autoridades es apenas preventiva. Las víctimas y sus familiares prefieren aceptar en silencio el fracaso, a veces definitivo, de una existencia que pudo ser dichosa.

Es preciso recoger opiniones de los médicos, y, sobre todo, de los que atienden salas de mujeres en los diversos hospitales, para apreciar en toda su horrorosa magnitud los resultados que el *amor* que no es amor tiene para las niñas tontas o inexpertas.

CONSTANCIO C. VIGIL

(De *Atlántida*, Argentina)

El caballero elegante

en ninguna sastrería podrá encontrar ni el gran surtido de casimires ni la corrección del corte que le brinda la Gran Sastrería

MIL COLORES

la cual ha traído expresamente UN MAESTRO CORTADOR INGLÉS para satisfacer a su selecta clientela

Gran surtido de ropa hecha para caballeros y niños

ENRIQUE YANKELEWITZ

Frente a "La Alhambra" :-: San José

GARBO Y DONAIRE DE UNA PROSA

Continuación del número anterior

IV

¿Cómo irrumpen nuestro autor en el sector de vida del que ha de hacer después un espectáculo?

«Antonio Espina—decíamos en otra ocasión—se acerca al mundo que le rodea con un aire de detective—de jovial detective—siempre receloso. Penetra en él de soslayo. Le hurta el cuerpo pero el perfil que de él hunde en las cosas es el más duro, a veces el más agresivo. Penetra en su mundo como un ágil torero, como un triunfador, previo el astuto examen del frente por donde prefiere acometer. Espina ve el bosque, árbol por árbol.

Es de los escritores que están siempre a la ofensiva. Es, pues, de los escritores masculinos. Porque hay otros, los fácilmente dispuestos a dejarse prender por cualquier estímulo, a entregarse a cualquier categoría; escritores femeninos a la defensiva, pasivos, que no suelen decidirse a eliminar amantes; tipo frecuente—Proust, Stendhal—entre los novelistas. Cualquier mohín de las cosas, un menudo repliegue de su vida, les tienta, les zarandea, les posee. La sensibilidad predomina en ellos. Se estremecen, son víctimas a cualquier aldabonazo.

Antonio Espina se asoma—cauto, reflexivo—por la ventanilla de la razón y acude o no a abrir al recién llegado, según convenga al inquilino. Su labor más grata—y más profunda—es, precisamente, ahuyentar estímulos con el látigo de su humorismo. En *Luna de copas* elimina muchos impertinentes vagabundos de la literatura, esos hampones conceptos tan frecuentes en los libros donde no suele haber cabina para el detective ni ventanilla para el crítico. Antonio Espina se reserva—hasta el ensañamiento—el derecho de admisión».

Luis Candelas es un libro escrito con donaire. Antonio Espina, durante esos doce capítulos, ha sabido *burlarse con gracia* de su héroe, y este es, precisamente, el llamado donaire. El *esprit*.

Porque el *esprit* no es otra cosa que donaire. Ceñirse gentilmente al objeto, pasear con él a lo largo de un libro sin perder alegría y perdiendo a cada instante el ritmo para recuperarlo en el momento siguiente, llenando el intervalo con una graciosa pirueta. Tener siempre en la mano la fantasía, como un abanico, para situarlo de frente o de perfil, según se intente desnudar o soslayar el tema... Donaire es un producto complicado: sensibilidad a través de una criba inteligente, voluntad de coquetería, agilidad en el ritmo de la mente—porque la inteligencia tiende a caminar a paso de buey—, vivacidad, jovialidad... Resulta que donaire—esta cosa encantadora de que rebosa el libro de Espina—es el mismo *esprit*, puesto en buen castellano.

V

El garbo, en *Luis Candelas*, alguna vez tenía que bordear la mafeza. ¡Qué sutilmente la bordea! De pronto la prosa parece haber sido escrita no por el biógrafo, sino por el héroe. Por el héroe trasplantado a nuestros días, pues el auténtico Luis Candelas—romántico y, como tal, de estilo triste—nunca hubiera podido escribir sino algo así como unas *Memorias de ultratumba*. Por el héroe espectador de sus propias aventuras, pues el auténtico nunca hubiera visto sino más allá de sus narices, y el héroe de Espina es capaz de

ver más acá, signo de extrema agudeza, es decir, de autocontemplarse.

«Un buen ladrón de los que saben su oficio—anota el biógrafo—, posee ante todo excelente nariz. Fina pituitaria y rapidez olfativa. Por supuesto, la nariz y el sentido de la olfacción tienen una importancia inmensa en la vida de cualquier persona... Ella es el gancho con que atrapamos las cosas. El sustentáculo de las gafas de vidrio y de los espejuelos de la fantasía. El arpon con que pensamos las grandes ideas que flotan en la atmósfera... La nariz es la proa del sér...»

También un buen biógrafo de los que saben su oficio habrá de poseer, ante todo, excelente nariz. Metido de rondón en un fenómeno vital, también sus diagnósticos han de ser anotados en vivo. No en vista de un documento, sino de una personal resurrección del personaje, con el peligro de dejarse contaminar por él. Y este personaje—Luis Candelas—irradiaba tal atmósfera, a ratos canalla, y bronca a ratos, sentimental y cursi, que sumergirse en ella era correr una peligrosa aventura. Por un lado asechaba el folletín, por otro la turbia novela pícara. No dejaba de acosar la insoportable erudición folklórica... Cruzar airosamente, bien ceñido, por tales desfiladeros, sin perder una brizna de su estilo, creo que ha sido el acierto mayor de Antonio Espina.

Y otro, el no haber dibujado la caricatura del héroe, sino el retrato del héroe; eso sí con un halo humorístico. Era de esperar. La caricatura—cosa es bien sabida—es implacable, mientras el humorista prefiere cultivar la simpatía a condición de simpatizar con garbo. La simpatía es hija de la comprensión; la simpatía auténtica, no el

Agua Mineral LA MEJOR

LA PREFERIDA DE LAS AGUAS DE MESA

Importada de las famosas fuentes de Durrheim, en la Selva Negra alemana, la más alta parte de Europa

REUNE TODAS LAS NECESARIAS CUALIDADES PARA HACERLA EXQUISITA

Admite comparación y aun supera las cualidades de cualquier buena marca conocida

Unico Distribuidor: JUAN LUIS CAMPOS - Teléfono 2190

contagio afectivo, según la definición de Max Scheler. El secreto del buen humorista es que conoce todos los secretos del tema, no como la vieja caricatura, que se limita a rondar la superficie. El humorista puede llegar a lo más hondo, sin perder, claro es, el ritmo gracioso de sus pies. Puede tañer el arpa, rozar lo solemne, lo entrañable de las cosas: su poesía.

He aquí la labor de Antonio Espina en su reciente libro. Llegar al umbral de la misma poesía—al corazón del tema—pasando por folklorismos, por majezas, por todas las picardías, por todos los estratos caricaturescos de la época, de los tipos, de las costumbres,

de un grupo de hombres ilegalmente incrustado en otro grupo legal. Llegar a la médula del personaje arrojando todos sus pintorescos alrededores.

Con paso menudo, en alto la nariz —arpón de grandes ideas y de enjutas imágenes—. *Luis Candelas* es un libro humorístico: gran hallazgo siempre. Sobre todo para aquellos que sepan conceder al humorismo todas sus prerrogativas. En pocos libros españoles podríamos señalar, como en éste, tal garbo y donaire.

BENJAMÍN JARNÉS

(De *Cosmópolis*.—Madrid).

La patria de Abraham

Ur de los sumerios, que más tarde, en su larga historia, pasó a ser una ciudad de Caldea, se consideraba por los babilonios como una de las primeras mansiones de la humanidad, opinión que no deja de tener su fundamento.

En tiempos remotísimos hubo allí un poblado en la Edad de Piedra, que alcanzó mayor desarrollo en la del Bronce, edificándose chozas y casas de adobe, decayendo después hasta parar en un montón de escombros en el valle de Eufrates.

Ur pasó a ser una ciudad deshabitada, una ciudad en una colina con el *barrio sagrado* al pie.

Tres mil años antes de Jesucristo, Ur pasó a ser un feudo del reino de Lagash.

Se conserva un documento de aquellos tiempos en la forma de estatua de Eutemena (2900 años antes de Cristo), el último de los reyes de Lagash, que eran también señores de Ur, encontrada en una de las puertas del *temenos*.

La estatua, cuya cabeza desapareció quizás cuando Ur se sublevó contra sus señores extranjeros, aparece cubierta con una túnica de piel de carnero, con los vellones muy elaborados, así como el rabo que pende de la cintura. A lo largo de los hombros aparece una larga inscripción en sumeriano con el nombre del monarca y su genealogía.

Esta mutilada y venerable reliquia parece ser que estuvo en el *zigurat* o torre, donde la mandó colocar Nabonido, último rey de Babilonia y el primer arqueólogo de la Historia.

Cuando hacia el año 2300 antes de Cristo se estableció la primera dinastía en Ur, su fundador, Ur-Eugur, se ocupó de engrandecer la capital. Construyó una gran muralla alrededor de la ciudad y dentro de ésta otra, que defendía el antiguo barrio del templo y la colonia que sirviese de terreno para el palacio real, formando un rectángulo de unos ciento treinta metros de largo por setenta de ancho. En este *temenos* o recinto sagrado es donde últimamente se han hecho importantes excavaciones y descubrimientos.

La muralla, de ladrillo sin cocer, tiene múltiples repliegues formando nichos verticales, y se compone de dos murallas, de unos tres metros de espesor cada una, comprendiendo una serie de cámaras de más de cuatro metros de ancho, de manera que su anchura total es de cerca de diez metros. En algunos sitios esta doble muralla se conserva en muy buen estado.

En las puertas y portillos se han encontrado numerosas inscripciones con los nombres de los monarcas que las construyeron e intervinieron en sus reparaciones.

El nieto de Ur-Eugur, Bur Sir, es el primero, y el último parece el nombre de Ciro el Grande; de manera que la muralla desempeñó su misión por lo menos durante dos mil años.

En el ángulo occidental del *temenos* se elevaba el *zigurat*, sólida y alta torre de cuatro pisos que dominaba la ciudad. Por una escalera se llegaba a la plataforma del primer cuerpo y de allí partía una rampa que llegaba

Nada más aristocrático y chic que el surtido de magníficas telas que ofrece la Tienda

EL GLOBO

— DE —

Antonio Herrero Navas

AVENIDA CENTRAL

TELEFONO No. 3078

hasta arriba, donde había un pequeño altar. Todo ello era hecho de ladrillos muy resistentes, y en su obra intervinieron Ur-Eugur y su hijo Dungri.

Dos mil años después, Nabonido adornó parte de su fachada con ladrillos esmaltados y estatuas, una de las cuales es la ya citada, y las otras se supone enterradas bajo los ladrillos y escombros de la ruinosa torre.

Al pie del *zigurat* hay restos de varios templos, el principal de los cuales era el del dios de la Luna, Nannar, en donde se encontró una estatua de Ur-Eugur y donde al lado del santuario se descubrieron las habitaciones del gran sacerdote.

El templo de la Luna o E-nun makh estaba dedicado al dios y a su esposa, y consistía en un altar con cinco divisiones, rodeado de otras cámaras para el servicio religioso, las cuales circundaba una muralla—cerca de tres metros de espesor. Todo ello, sumamente antiguo, estaba construido con ladrillo *verde*; es decir, con cubos de arcilla sin secar y unidos con mortero de tierra formando una masa homogénea, en la que apenas se pueden distinguir los ladrillos unos de otros.

Sobre las ruinas de este templo, un rey posterior edificó otro templo con ladrillos secados al sol, y otro, más tarde, siguió su ejemplo.

Fragmentos de vasijas de esteatita y alabastro con inscripciones, encontrados entre las ruinas, demuestran que reyes extranjeros, los soberanos de Agada, acudían a aquel templo, 2600 años antes de Jesucristo, y en aquella

época el edificio era ya considerado como un templo antiguo.

Desde el tiempo en que podemos identificar la obra de Ur-Eugur, el templo había sido completamente reedificado varias veces, y el edificio que fué familiar a Abraham, que recorrió las calles de Ur, era el quinto templo que se elevaba en aquel lugar.

Desde su primera fundación hasta 1400 años después de Abraham, E-nun-makh, constantemente reconstruido y reparado, conservó la misma forma y carácter. Cada vez colocaban sus ladrillos exactamente en las mismas líneas que tenían las anteriores construcciones, y solamente en el año 600, antes

de Jesucristo, Nabucodonosor, rey de Babilonia, transformó el venerable edificio; pero respetó el santuario primitivo, si bien pavimentando el suelo de las cinco cámaras con ladrillos que llevaban su nombre, y añadiendo dos alas más a la fachada principal.

Quitó todas las cámaras de servicio de la parte delantera, llenándolas de escombros y cubriéndolo todo con un suelo de ladrillos.

El antiguo santuario había sido un lugar desconocido del público, al que sólo entraban los sacerdotes, de cuyas habitaciones se llegaba a él por un estrecho y tortuoso pasillo escondido.

En el siglo VI se hizo un gran patio

abierto delante del santuario, y una escalera cubierta con chapas de bronce daba acceso a las nuevas alas construidas a los lados del altar. Enfrente de la puerta de éste se elevaba otro altar rectangular de ladrillos y betún. La muchedumbre se agrupaba en el patio inferior para presenciar los sacrificios hechos en el altar, y por la puerta abierta podía ver detrás del sacerdote la brillante estatua de oro del dios en su oscura hornacina. Reformas en el culto introducidas todas por Nabucodonosor.

(De *Atlántida*, Argentina)

ANTIGUA PENSION ITALIANA

APARTADO No. 708

De BARLETTA Hnos.

TELEFONO No. 2679

Esquina Calle Central y Avenida Central. Altos del Almacén Delcore. Frente al «Diario de Costa Rica»

EL PUNTO MAS CENTRICO DE LA CIUDAD

Excelente comida a la carta
Completo surtido de vinos

Buenos cuartos - Trato esmerado
Precios moderados

Emociones de España

Vuelvo de mi primer viaje a España con múltiples y violentas sensaciones de belleza y gran afluencia de sentimientos, que domina, sin duda, el contraste entre los testimonios de un pasado magnífico y somnoliento, y los del resurgimiento, por unánime esfuerzo, de un pueblo decidido a ser contado en el primer plano de las grandezas modernas. Este contraste me ha parecido mucho más marcado que el de la Italia musolinesca, que, ciertamente, se ha transformado también respetando su pasado, pero con ese sentido de las conciliaciones que es una de las ventajas del sutil ingenio italiano. En España, todo procede más por francas oposiciones; ayer y hoy se unen casi sin transición, como los climas. De la hermosa región verdeante de Guipúzcoa a las zonas desiertas de Castilla la Vieja, atravesando por el desfiladero de Pancorbo, he pasado de un mundo a otro. Poco menos de dos horas me ha bastado para pasar de la altiva melancolía medieval de Toledo, de Segovia o de Avila, a un Madrid que se americaniza,

y multiplica con avidez los rascacielos; al llano desolado de la Mancha sigue rápidamente el paraíso de flores y de fuentes de Sevilla y de Córdoba; y es casi mágico pasar en media jornada de los sueños moros y de la soledad embalsamada de la Alhambra, al prodigioso esplendor de actividad industrial, al «supremo modernismo» de la inmensa Barcelona, en la que el Palacio Nacional, aureolado por la luz eléctrica de una manera incomparable, resume varios siglos de la historia de España con una gran exhibición de obras maestras.

En ningún otro país de Europa he sentido a tal punto esta emoción, espontáneamente nacida de la fusión inmediata del presente y del pasado. Sería completamente ridículo que declarase conocer España por haberla corrido durante dos meses, que me han dejado el justo y apasionado deseo de volver. Me parece haberla visto bastante, sin embargo, para inclinarme a reformar algunos juicios de mis compatriotas, estampados en ciertos volúmenes de reciente aparición. Desde el romanticismo, España

fué poco visitada por los franceses, y hasta muy poco, si la comparamos con Italia, por ciertas razones, de las cuales, la mala fama de sus caminos tortuosos y la falta de *confort*, que hoy ya deben estar relegados entre las leyendas. La España de Teófilo Gautier, de Merimée, ha desaparecido, así como la de Bizet, de Chadrier, y hasta la de Pierre Louys. Ha sido últimamente cuando los literatos de mi país han llevado a la península hispano-morisca una parte de su atención. Les había consultado; y la decepción ha sido bastante fuerte. Ni siquiera hablo de los que no buscan en España y otros sitios más que el libertinaje y el bajo fondo, es decir, lo que hay de más banal, más impersonal y más repugnante en todos los países, despertando las más legítimas susceptibilidades en la misma casa de algunos españoles, en los cuales la cortesía es de una calidad excepcional. Para comprender tal país hay que saber su historia, concebirla como una cosa actual y viva; hay que conocer el inmenso drama místico y político que ha pesado sobre esa

tierra tan disputada, puesta en asedio durante ocho siglos por dos civilizaciones; hay que saber lo que fué el apogeo y el crepúsculo de una de las más poderosas monarquías del mundo. Esas son las llaves del tesoro que acabo de contemplar, y estas son cosas que no se han dignado aprender los herederos de una generación a los que la historia y la sociología no interesan, y a los que se les ha metido en la cabeza que, para ser verdaderamente modernos, había que considerar al pasado como un elemento muerto, una curiosidad de museo. Eso supuesto, en España el pasado queda vibrante, se impone a la vista, grita al espíritu, y aun lo que llaman una ciudad muerta, como Avila o Toledo, es todavía una pasmosa lección de vida.

Desde el punto de vista especialmente artístico, la pintura de este país no se puede conocer y comprender más que allí mismo. No se puede tener exactamente más que en España una idea sana de tres genios tan diferentes como el de Velázquez, el dios de la *pintura pura*, del inmenso Goya y de ese misterioso *Greco*, uno de los maestros más punzantes que jamás se haya visto. ¡Esta especie de meteoro resplandeciente y sombrío le ignoraba, y eso que me servía de ilustración un libro que Barrés le ha consagrado! Pero cegado por sus resplandores, después de haber contemplado todos los *grecos* del Prado, de Toledo, del Escorial y del Palacio Nacional, he tenido que opinar que la ingeniosidad de Barrés había sido muy superficial, y, más todavía, que era irrisorio querer encontrar en las excentricidades y las debilidades que dejan intacta la gloria del genial cretense una justificación a la dolorosa pobreza del falso arte, que ahora vive, así como comparar a tan gran visionario con un Cézanne, que a su lado no existe. Tal vez me permitiré más adelante dar aquí, sobre este asunto, algunas reflexiones: *Greco* es desconocido en Francia o casi, y los que de él hablan no lo han visto; y en la actual pintura de sensualismo, en la que

Los buenos éxitos de nuestros colaboradores

Junio 18 de 1930

Señor don Carlos Jinesta,

Ciudad.

Estimado amigo:

Mil gracias por el envío de su *Elogio*. Hace usted una obra bella y justa. Bella, por su forma, en la que se revelan sus capacidades de escritor cada vez más pulido y correcto. Justa, porque, como usted dice, es necesario salvar del olvido la memoria de estos hombres ejemplares, para que sus enseñanzas perduren y rindan el fruto deseable.

Profesé gran cariño a don Claudio. Sobre todo, conquistó mi admiración la integridad de su carácter, la nobleza de su vida. Y por eso he leído con delectación su trabajo, que en forma tan interesante ha sabido aprisionar los rasgos salientes de la personalidad del Lic. González Rucavado.

Créame su atento servidor y amigo,

RUBÉN YGLESIAS

se quiere excluir todo objeto, toda composición, toda idea, no se puede comprender nada de estas obras del *Greco*, que es, probablemente, el mayor grito de éxtasis católico que se ha lanzado desde Fra Angélico. Para amar y medir la obra del *Greco* hay que creer y saber lo que representan cerca de él, en el orden espiritual, una Santa Teresa y un San Juan de la Cruz.

¡No son estas preocupaciones las que obsesionan a los cubistas o a los pintores judío-alemanes de Montparnasse! Ya no sienten demasiado la historia, y, sin embargo, no se puede penetrar el sentido íntimo de Velázquez, la vida prodigiosa de un cuadro como las *Meninas*, sin saber lo que fué la Corte de Felipe IV, sin haber meditado en la fría majestad del Escorial; y es imposible medir el inaudito frenesí, la *némesis* lírica de los dos cuadros en los que Goya conmemoró el *Dos de Mayo*, si se ignora lo que fué la falta inicua, fatal y criminal de Napoleón, dura y justamente castigado por el fracaso ante el heroísmo liberador de un pueblo.

Ante los recuerdos de Teresa de Avila, como delante de los de Miguel de Mañara en Sevilla, los grandes sepulcros del Escorial, o los de los Reyes Católicos en Granada, o los patios encantadores de la Alhambra, o los jardines del Alcázar embalsamados de jazmín, o en el bosque de columnas marmóreas de la mezquita de Córdoba, o los vestigios romanos y godos de Segovia y de Toledo, por todas partes la historia me ha perseguido, inseparable explicadora de la vida. Y, aun en los sitios en los que parece dormir, vive y muestra sus enseñanzas. Ha elevado a España a unas grandezas casi fabulosas; le ha impuesto pruebas excepcionales. Ha habido en ella momentos en los que los restos de un destino tan suntuoso parecía que iban a perderse por las guerras coloniales, las luchas civiles, las inestabilidades políticas y las reivindicaciones de la lucha social. Ha habido un momento en que esta España que los románticos venían a ver parecía para siempre encerrada en sus obras maestras, como una Avila en sus murallas; y, no obstante, de todo esto ha surgido un hermoso pueblo activo, perdonado por el tormento de la guerra, que dejó igualmente agotados a los vencedores y a los vencidos; y el espectáculo de los resultados de su voluntad poderosa me ha llenado de admiración en Barcelona. ¿Por qué callaré que

TIENDA "LA REINA"

MACHO MORALES

He aquí la casa del mundo elegante. Frecuente esta
Tienda si quiere usted ECONOMIZAR SU DINERO

AVENIDA CENTRAL, FRENTE AL MERCADO, SAN JOSE

fui allí dudándolo mucho? Una exposición, una gran ciudad moderna, no me atraían nada. Había venido para ver las catedrales, las maravillas sin par del Prado, las ciudades antiguas, que no se parecen en nada a las de mi país, los paisajes de contrastes agrios y violentos, los oasis andaluces, todo lo que el romanticismo podía haber suscitado; curiosidades estéticas para mi espíritu, y también esos bailes y esas músicas que siento haberlas oído tan rara vez, yo que soy un admirador fanático de la Argentina, en cuyo piano las melodías de Granados, de mi querido Albéniz, de Turina y de Manuel de Falla han resonado tantas veces! Al salir de una temporada deliciosa de descanso en esa Granada, que es, con Venecia, lo más bello que conozco, y que he abandonado con gran pesar, el contacto de una reunión industrial, de un espectáculo de actualidades como el que podía esperarme en Barcelona, me parecía ser algo así como un Babel que no habría de gustarme allí más que en otro sitio cualquiera. Me he desengañado gratamente cuando, en las laderas de Montjuich, antaño tan temibles, transformadas ahora en jardines colgantes, me

CULTURA, como su nombre lo indica, no tiene otra mira que el cultivo y la difusión de las letras nacionales; por este motivo, ayudar a su publicación con anuncios o suscripciones, es contribuir noblemente a la realización de tan alto empeño.

asomé a las terrazas desde donde se contempla el enorme desenvolvimiento de la ciudad, con su círculo de montañas y de reflejos azules; cuando ví escalonados los pabellones en el esplendor de la iluminación sin rival, donde la magia combinada del agua y del fuego alcanzan un extraordinario nivel de ensueño y de arte; cuando sentí latir el corazón de la multitud bajo el estandarte rojo y gualda, en un firme movimiento unánime de esperanza nacional; cuando comprendí que allí todas las razas tan diversas de las provincias españolas comulgaban en el orden, la disciplina y el meditado fervor del trabajo, entonces comprendí que un renacimiento

profundo existía, tanto en el entusiasmo de la ciudad catalana como en la febril alegría de la calle de Alcalá, en la que la belleza de las mujeres madrileñas y la viveza de los muchachos me hacían volver la cabeza con entusiasmo; y comprendí también qué herencia de energías ha pasado de la antigua raza a la nueva y qué mudo pensamiento de estímulo y de protección descendía de las nobles y melancólicas ciudades de la Castilla medieval sobre el esfuerzo de resurrección que resplandece por todas partes.

Debo a esta España que he admirado y a la que amo fervorosamente, el homenaje de agradecimiento de un libro que escribiré; porque un escritor no agradece realmente más que con su pluma. No he querido aquí más que indicar algunas notas que serán ampliadas. Pero lo que desearía antes que nada es que el lector encontrase en estas páginas los rasgos de la emoción extraña y ardiente que desde el primer momento ha vuelto a ligar en mí el culto de la España milenaria al de la España que vive.

CAMILO MAUCLAIR

París, octubre 1929.

LAS COSAS MARCHITAS

¿Sienten ustedes como siento yo el encanto de las modas antiguas y el doloroso encanto de las cosas viejas que todavía viven? Sí, lo sienten, y yo lo advierto en la poderosa y silenciosa emoción que se retrata en sus pálidos rostros. Al decirles que se preparasen para sufrir, no les he engañado. Estos adornos nos imponen la visión real de las muertas adorables, mucho mejor que el barniz y el embebido de los retratos. ¡Ah! ¡El sortilegio de las telas marchitas, las languideces patricias de todas esas orfebrerías de seda y de raso!

Y si aquí reina atmósfera de iglesia—porque aquí se experimenta el respeto que inspiran los lugares santos—, es porque flota, invisible y palpable, el alma imperiosa de las antiguas aristocracias. ¡Cuánta gracia autoritaria, cuánto orgullo en los pliegues de esos trajes, cuánta elegancia innata en los enormes miriñaques, y cuánta hermosa audacia hasta en la misma ridiculez de los peinados! Y aquí encuentro yo a toda una sociedad desaparecida y que he conocido. Aquí estoy en mi casa. Un gabinete de muertas, es cierto; pero de muertas vivas, pues conozco las palabras que dan alma a esos harapos, conozco las palabras de amor y las caricias que encienden sonrisas y miradas; porque esas muertas se me aparecen, y se me aparecen porque las adoro, y me obedecen porque lo saben y porque el amor es lo único que resucita a los muertos.

JEAN LORRAIN

30336103



Desgraciado quien por dolores

se ve imposibilitado de disfrutar de la vida y de dedicarse a sus quehaceres cotidianos. — Sufrimiento superfluo desde que la ciencia creó el VERAMON nuevo antidoloroso verdaderamente inocuo contra los dolores de cabeza, de muelas y las molestias propias del organismo femenino. Contra dolores siempre:

VERAMON

(Tubos de 10 y 20 tabletas)



Sobre la última obra de Vincenzi



Hemos de confesar que sentimos una gran alegría cada vez que recibimos algún libro de Moisés Vincenzi. Tienen sus obras la consistencia, el brillo y la tersura del mármol. Su estilo circunspeto, su expresión precisa, dicen

elocuentemente cómo ha comprendido en su forma y en su esencia el escritor costarricense al famoso autor de *Así hablaba Zarathustra*.

Poder librarse en nuestro Continente del influjo de la literatura tropical es algo verdaderamente propio de super-hombres, y eso es lo realizado por Vincenzi, de acuerdo con las ideas de Nietzsche sobre la cultura; esta, según él, es la unidad de estilo en todas las manifestaciones de la vida. ¿Cómo, pues, se concebiría a un escritor que pensase en alemán y escribiese en *criollismo*? ¿Que los medios de expresión no alteran la sustancia del pensamiento? Creemos que sí, y de modo muy decisivo, pues lo primero que realiza la simpatía, lo que atrae al principio es la forma; después la reflexión o la razón pueden decidir.

Al gran filósofo, cuyo sistema influye tanto en la

literatura de fines del siglo pasado y en la de éste, se ha calificado de paradójico, porque hay abundancia de críticos víctimas de una pereza de pensamiento, que no ven sino la superficie de las cosas. A esos espíritus frívolos tiene que sorprender que el autor de *La Gaya Ciencia* manifieste que la ciencia no supone cultura, que un gran saber puede ir acompañado de una gran barbarie, por la ausencia de estilo o la confusión caótica de todos los estilos.

Estudia con feliz resultado el señor Vincenzi el método de Federico Nietzsche, y dedica capítulos muy interesantes a la voluntad, el sentimiento y el pensamiento nietzscheanos.

Quisiéramos extendernos más en las consideraciones sobre el interesantísimo trabajo del señor Vincenzi, pero ni nuestros medios, ni el espacio de que disponemos nos lo permiten.

Una calurosa felicitación al buen amigo y excelente escritor, que siempre nos recuerda, y el deseo de que continúe en la labor tan importante que viene realizando para honor de las letras hispanoamericanas.

(De *Perfiles*.—Venezuela)

El "tabú" entre los araucanos

El *tabú* consistía en tocar a las personas y objetos determinados, en no ejecutar acciones de cierto orden, ni concurrir a lugares execrables o profanar los sagrados, ni pronunciar nombres que convenía callar. La infracción de los preceptos de esta moral negativa traía consecuencias desgraciadas para la colectividad, como enfermedades, pestes, muertes, sequías y miserias, porque contrariaba la voluntad de los poderes superiores y los obligaba a obrar de un modo vengativo. Había una escala en el grado de *tabú*: unos se reputaban pequeños o actos de malas consecuencias y otros grandes o muy estrictos.

El *tabú* era, pues, la expresión más tangible del conjunto mágico que envolvía a la sociedad araucana.

Los rituales o fórmulas mágicas destinadas a provocar la presencia o el consentimiento de los espíritus bienhechores y a acatar sus mandatos, debieron ser los más abundantes en los tiempos antiguos de la raza. A este orden de abstenciones pertenecen los hechos que siguen. Estaba prohibido interrumpir una ceremonia de carácter mágico, aunque fuese pública, tal como

el *nillatun* (rogativa), o privada, como el *Machitun* (curación de enfermedad).

En tales casos la persona del mago, hombre o mujer, se hallaba *tabuada* y nadie podía tocarla. La *machi*, que ordinariamente obedecía a su marido y hasta recibía golpes de él, era inviolable durante las escenas del encantamiento, porque en su cuerpo se hospedaba, en un momento dado, el espíritu protector.

El mismo sitio en que se desarrollaba el drama ritual estaba *tabuado* para los extraños, restricción que se fué relajando poco a poco. Ni se permitía la presencia de ningún perro en los instantes en que el espíritu se incorporaba al mago, pues podía desagradarle esta circunstancia, retirarse de la reunión y frustrar con ello las esperanzas de los que mandaban ejecutar el ceremonial.

Como *tabú* en extremo estricto se consideraban también los objetos de propiedad del muerto enterrados con él y los tallados en madera (*kollon* o *adentu mamúll*), que representaban la

imagen corporal de un hombre o de una mujer; a veces la figura humana de las tumbas se tallaba en forma de estilización.

En este número de prohibiciones se encontraban, asimismo, los sitios reservados para enterrar los muertos (*eltun*); se tomaban precauciones para que no fuesen profanados por extraños ni para que a ellos entraran animales a pastar.

No se consentía que los restos mortales de la familia se mezclasen con los de ningún extranjero.

Se contaban entre los lugares *tabuados* los *reni* o cuevas reales o imaginarias donde se reunían los brujos; el que pasaba por ahí se exponía a serios peligros.

En este mismo número de prohibiciones se hallaban las viviendas de las personas que ejercían el oficio de brujos; se prescribía pasar corriendo y no escupir, a fin de evitar que tomaran la saliva o el rastro del pasajero o de su caballo para ejecutar alguna operación maléfica.

Reputábanse lugares execrables aquellos en que se suponía residir alguno de los seres míticos de la raza, personi-

Anunciar en CULTURA es vender

Pasa a la página 16

Procedencia de una reforma constitucional

¿Debe ser parcial o total?

Tesis leída por el Lic. don FABIO FOURNIER J. en su examen de incorporación al Colegio de Abogados

Inédito, para CULTURA



Cuando se me indicó el tema sobre el cual debía versar este trabajo, lamenté disponer de tan escaso tiempo como el que la preparación de mis exámenes y mis ocupaciones ordinarias me dejaban libre para estudiar los aspectos principales de nuestro problema constitucional y expresar por escrito mis impresiones e ideas al respecto. Hubiera deseado analizar con detenimiento cada una de sus fases, consultar la opinión de diversas autoridades en la materia, nacionales y extranjeras, para ilustrarme especialmente en asunto tan sugestivo y de tanta actualidad, y así suplir mis naturales deficiencias, más notables cuanto más arduo y delicado sea el problema al cual aplique el entendimiento.

La primera cuestión que surge al leer el enunciado de la tesis propuesta, es la de que si procede o no la reforma de la Constitución de Costa Rica. No creo que se contraiga a la posibilidad legal de reformarla, como pareciera desprenderse del término *procedencia*, pues es sabido que la misma Carta Fundamental indica el modo cómo se puede intentar y llevar a cabo una modificación o la renovación de sus principios. Más bien parece ser su sentido primordial obtener un concepto preciso sobre si es necesario o no variar las disposiciones de nuestra Constitución, y si esas reformas han de alcanzar a la totalidad o únicamente a ciertas cláusulas de la misma.

Como principio general, inspirado en la conveniencia del país, soy adicto a la firmeza de los preceptos constitucionales, porque es indudable que el respeto de los pueblos es una consecuencia de la seriedad que manifiestan en todos los momentos de su vida, del carácter definido y permanente con que se muestran ante el mundo. La frecuencia de las alteraciones constitucionales hace sospechosos a los Estados, aparte de los perjuicios de orden interno que produce, desde luego que cada principio fundamental es la base sobre la cual descansan diversos cuerpos de leyes, que habrían de renovarse incesantemente, complicando esos cambios bruscos las relaciones jurídicas entre los individuos o entre el Estado y los individuos, y con probabilidades de trastornos del orden público o de las condiciones primarias en lo económico o lo político del país.

El concepto que antecede no puede significar de ninguna manera que las naciones deban estar atadas a sus errores constitucionales, sin pensar en repararlos, o que esa estabilidad haya de convertirse en momificación de las reglas básicas, en forma que se dejen de adaptar las normas orgánicas a las modalidades funcionales del Estado, negándose así a toda evolución. Pero sí que las reformas deben realizarse únicamente cuando una necesidad perentoria lo exija; cuando haya evidente urgencia en mudar un modo de operar de la sociedad, o en conformar la realidad con la regla positiva. En esa forma resultan un benéfico contralor de las actividades colectivas, sin que las ahoguen dentro de moldes empresivos, ni la nación sufra en su crédito y buen nombre. Enseguida esbozaré los medios que juzgo más apropiados para lograr ese fin.

En realidad, casi no hay país que no haya sentado principios que tiendan a asegurar el respeto y permanencia de sus bases orgánicas, dándoles solidez y poniendo estorbos e impedimentos para que puedan ser alteradas por los caprichos y la volubilidad del criterio de los legisladores. El caso de la Constitución española es verdaderamente excepcional. Posada, al referirse a ella, dice que es una carta fundamental flexible, que no requiere para su derogación y reforma tramitación diferente de la que se sigue para la emisión de las leyes comunes. En otros estados, la reforma debe llenar antes exigencias y trámites especiales, que obligan a operar con parsimonia; los funcionarios que participan en el proceso de innovación deben estudiar con detenimiento el cambio propuesto, y se da oportunidad a la opinión popular para que forme y emita juicio, el cual siempre pesa en las deliberaciones de las asambleas legislativas o constituyentes.

En Francia, en esos casos, el Senado y la Cámara de Diputados deben pronunciarse sobre la necesidad de la modificación, por simple mayoría de votos; luego se reúnen en Asamblea Nacional, ambos cuerpos, y deciden la conveniencia o el rechazo de la reforma planteada. Otras constituciones dejan a la legislatura ordinaria la facultad de alterar su texto, si bien es cierto que muchas de ellas exigen la concurrencia de una mayoría excepcional para efectuarlo y la aceptación del proyecto por la legislatura siguiente. Este es el criterio de nuestra Carta Fundamental, en cuanto a las reformas parciales. Respecto de la general, puede realizarse cuando el poder Legislativo, llenados los trámites que para la modificación parcial, lo decreta así, ordenando la convocatoria de una Constituyente. Tal decreto fué emitido ya el 25 de Mayo de 1901; pero según la opinión de eminentes juristas no se puede poner en ejecución mientras no se dicte una ley reglamentaria respecto de fechas y elección de miembros de la Asamblea.

Algunos autores de Derecho Constitucional califican de poco democrático el sistema de confiar a las legislaturas ordinarias la reforma de las leyes constitutivas, porque a veces no atienden la voz popular. En las Cartas Fundamentales el pueblo ha incluido los principios básicos de su organización con los cuales está identificado, a la vez que garantías para determinados derechos que se han adherido profundamente al alma de las multitudes; por tal motivo, se considera más propio de los ideales y fines de la República que cuando el Poder Legislativo mani-

fieste el propósito de modificar las bases del Estado, se convoque una Asamblea Nacional de duración limitada, elegida directamente por el pueblo, para que se pronuncie sobre el punto concretamente. En los cantones Suizos y los Estados Norteamericanos, la reforma la decretan los Parlamentos, pero debe ser ratificada por asambleas de todos los ciudadanos. Aunque es el sistema más democrático, tiene el inconveniente, para países de poca cultura, de dar lugar a disturbios nocivos al orden y prosperidad generales.

Debemos, pues, concluir porque tales reformas deben iniciarse y efectuarse sólo cuando exista una necesidad efectiva, bien sentida por el espíritu popular, y por medios que aseguren acierto y madurez al proyecto de mudanza. Y cabe preguntar: ¿Costa Rica se encuentra actualmente en ese caso? ¿Deja algo que desear nuestra Carta Fundamental? La respuesta surge ágil, espontánea: sí. El país, por medio de la prensa, por boca de sus representantes en el Poder Legislativo, por la de la mayor parte de sus hombres superiores, ha expresado su inconformidad con buena parte del Código Constitucional vigente; se le juzga a veces incompleto, y otras inspirado en criterios errados; muchas de sus disposiciones improductivas, y algunas son el resultado de ideologías hoy desechadas o sustancialmente renovadas, o que no ha podido asimilar nuestra democracia cuando fueron trasplantadas de otros pueblos a nuestro régimen político.

Algunas reformas se han llevado a cabo ya. Otras están en tramitación o por proponerse, planteadas en el ambiente. Sin embargo, se tiene la impresión de que el trabajo ha de ser mucho más amplio; de que hay bastante materia por revisar. Varias de nuestras instituciones no satisfacen el ansia popular, y los que desean robustecer la nacionalidad costarricense no encuentran en los textos constitucionales eficientes medios de defensa contra los avances de los poderosos intereses extraños que la amenazan. Además, muchos problemas sociales que otros pueblos han resuelto ya, en forma violenta o por medio de una solución lentamente elaborada, permanecen entre nosotros sin resolver, como una angustiosa interrogación para el futuro.

Refiriéndome a la manera cómo sería más atinada la revisión, estimo que debería hacerse el trabajo por partes. La renovación total podría dar como resultado que la República estrenara, de un momento a otro, un brillante traje constitucional, tejido con materiales exóticos quizá, por manos apresuradas, que fuera ineficaz e incómodo a la idiosincracia y necesidades de nuestro pueblo. La mudanza parcial ofrece la ventaja de que cada punto está largo tiempo a la vista del criterio público y deja posibilidad para que éste se manifieste ampliamente y a toda conciencia, y el juicio y la experiencia de los ciudadanos mejor preparados influyan en el mejoramiento de los cánones fundamentales de la nación. Lo que sí habría que procurar es mantener la más íntima relación con lo que subsista de la Carta, de manera que una reforma no vaya a producir conflictos con otros preceptos vigentes, a desnaturalizarlos o debilitarlos.

No creo que convenga la reforma total de la Constitución, ya que la mayoría de sus principios satisfacen plenamente la conciencia nacional; en ellos miran los ciudadanos la defensa de sus derechos y sería riesgoso comprenderlos en la tarea de la revisión. Sin duda este mismo pensamiento ha detenido a los dirigentes del país para no dar vida al decreto de mayo de 1901. Se usó de él en 1917, y dichosamente hubo discreción en la obra, en casi todas sus fases, y los empeños de demolición y de innovación honda y violenta que al fin se

condensaron en ella y que significaban un peligro para nuestra modalidad democrática, no duraron mucho tiempo. Esa experiencia debe servirnos, y de aquella labor en general magnífica que entonces se realizó, debemos tomar los frutos sanos y jugosos y darles sitio en nuestra vida política presente.

Aquí podría terminar mi trabajo, por quedar expuesto mi modestísimo e inexperto juicio sobre las cuestiones sustanciales que se me han sometido; más considero que, dentro del tema propuesto y como contestación al punto que implícitamente contiene el enunciado, puedo pasar a declarar cuáles reformas pienso que más interesa a Costa Rica efectuar en su Carta Política.

*
**

Entre los cambios que se imponen está, naturalmente, la redacción del artículo 3, que, al determinar las fronteras del territorio de la República, se refiere todavía a los antiguos límites con la República de Colombia. Dos tratados posteriores han modificado esa situación y se tomaron en cuenta en la Constitución de 1917. Como el derecho de Costa Rica está clara y definitivamente determinado por el Laudo Loubet y el Fallo White, y sobre éstos no cabe disputa alguna, debe arreglarse lo más pronto posible el texto de ese artículo 3.

Tema de mucho interés es el relativo a la prolongación del período presidencial, la no reelección de Diputados y la prohibición de nombrar como Secretarios de Estado a quienes hayan servido iguales funciones en el anterior ejercicio presidencial.

Demasiado corto resulta el período de cuatro años dentro del cual se opera toda la acción política y administrativa de un gobierno. Las grandes empresas de progreso nacional y los cambios de sistemas técnicos para ciertos departamentos, no pueden realizarse ni fructificar en breve plazo. La práctica lo ha demostrado; hay un inconveniente serio en que otras personas sean las que continúen y terminen las obras iniciadas en la administración precedente; cuando no las dejan trucas o las derriban, la faena carece de unidad, de criterio y de acción, y es imposible la forma perfecta y la durabilidad que requieren.

El período de seis años que algunos han pretendido, parece ser un justo término; permite a los grupos gobernantes ejecutar sus planes y se logra separar más las agitaciones eleccionarias que distraen tanto de sus quehaceres a la mayor parte de los ciudadanos, limitan la actividad productiva de la nación y crean y reviven los rencores partidistas, sin que tampoco sea tan prolongado que arraigue demasiado en el Poder a quienes lo ejercen y provoque en los gobernados el afán de acudir a medios ilícitos para hacerlos descender, en el caso de que aquellos no sean buenos administradores de sus intereses.

Por lo que hace a la no reelección de los Diputados, las razones que la respaldan son conocidas por todos. El Congreso trabajaría más y con mayor eficiencia para los menesteres de veras nacionales, si gran parte de su labor no la consumiera la satisfacción de intereses que no siempre son legítimos para crear fuerzas con qué convertir cada curul en cargo vitalicio. Cosa semejante, y acaso con mayor fundamento, se puede decir de la prohibición de nombrar como Secretarios de Estado a los que lo fueron en el gobierno anterior, puesto que, desde la posición influyente en que están, bien pueden adular la voluntad nacional, favoreciendo determinadas candidaturas, imponiéndose al nuevo Jefe del Estado para que los mantenga en recompensa de sus grandes servicios.

*
**

El artículo 103 de la Constitución hace recaer la responsabilidad toda de la función ejecutiva sobre el Presidente de la República; todos los abusos, todos los errores perseguibles que aparezcan cometidos por el Poder que él dirige, son motivo para que se le juzgue y condene. Sin embargo, en la práctica constatamos que muchos actos del Ejecutivo los cumplen los Secretarios de Estado, sin que su superior tenga cabal conocimiento de ellos, por la necesaria distribución de funciones que trae el exceso y complejidad del trabajo. La regla resulta, pues, injusta, inconforme con la realidad. En casi todas las Cartas Constitutivas modernas, háyase o no adoptado el sistema Parlamentario, se establece la responsabilidad solidaria de los ministros y su jefe; esa es la regla en Francia, Alemania, España, Bélgica, México, etc. En 1917 Costa Rica adoptó el mismo precepto en los artículos 102, 103, 104 y 106 de la Ley Fundamental. La opinión pública apoyaría esta reforma, puesto que así se enmendaría la injusticia apuntada. No es posible que el Presidente atienda a todos los actos del Poder Ejecutivo por sí, y de ese modo se lograría mayor eficacia y consciencia en la labor de sus ministros, quienes estarían obligados además con el país a servir con rectitud su función. Por otra parte, responsabilidades que hoy no se atreven los ciudadanos a exigir del Presidente de la República,—por la consideración de que no ha sido él quien ha decidido o ejecutado alguna medida administrativa nociva al derecho o al interés nacional, o por el temor de que por un reclamo de menor cuantía se desprestigie el Jefe del Estado,—bien podrían demandarse de un ministro, sin daño para la estabilidad de las instituciones.

*
**

Una de las críticas más acertadas que se formulan contra nuestra Constitución, es la de no consignar la inamovilidad de los miembros de la Corte Suprema de Justicia. El deseo de generalizar el carácter alternativo de los funcionarios públicos, llevó de seguro a nuestros constituyentes a establecer la posibilidad de remover cada cuatro años todo el personal de la Corte, aunque dejara al Congreso la facultad de reelegirlos indefinidamente. Los resultados han sido lamentables, con todo y que la reelección ha sido la regla general, por fortuna. Lo cierto es que los encargados de administrar justicia han carecido de la independencia necesaria al lleno de su elevado cometido. Tienen en su mano los diputados el poder de ejercer presión en el Poder Judicial para obtener sentencias favorables a sus intereses, y si se ha mantenido la recta aplicación del Derecho, ello se debe indudablemente a la superior calidad moral de nuestros jueces. Pero el peligro existe y es efectivo, y el único remedio es sentar la inamovilidad para los altos funcionarios judiciales. Nada más desdorado y dañino que la intriga y la pasión mezquina puedan alejar de sus cargos a quienes, honrando con su rectitud y sabiduría las instituciones democráticas, no han querido doblegarse ante el riesgo de perder sus puestos. En todas partes ha sido el mismo problema. Letelier, refiriéndose a las épocas medievales, dice:

«Sin excepción alguna, en todas las naciones europeas los jueces estaban y siguieron en condición subordinada, porque en su carácter originario de simples delegatarios, eran nombrados y amovibles a voluntad de la Corona. Tanto los de Francia y España, como los de Inglaterra y el Imperio Germánico, podían

ser removidos gubernativamente y sin causa, por simple capricho, por el solo deseo de confiar vacantes a otros más complacientes. ¿Cómo habrían podido administrar justicia igual e independiente, justicia a favor de los débiles y en contra de los poderosos, jueces cuya suerte estaba en manos de magnates que no ejercían el poder sino para abusar de sus prerrogativas?

«Con rara unanimidad, los mismos pueblos que habían luchado por la institución de funcionarios especiales que administrasen justicia, empezaron a luchar por su inamovilidad. Procedieron así, no por inspiración de doctrinas abstractas; acaso en teoría sería difícil encontrar razones que justifiquen el carácter vitalicio de los cargos judiciales. Exigieron la inamovilidad bajo la presión de la necesidad que se sentía en garantizar la independencia de la justicia, constantemente amenazada por el peligro permanente de la remoción de los jueces... Así queda al fin la justicia emancipada de la reyecía y constituida en un poder que comparte con los otros la soberanía. Una delegación que a los principios es esencialmente eventual, voluntaria y revocable, y que los monarcas hacen ora por librarse de molestias, ora por servir mejor a sus súbditos, se torna a la larga permanente y obligatoria, dando origen a una institución superior que actúa por sí misma e independientemente».

El inconveniente que se anota a la reforma es el de que todo individuo llega a una edad en que sus facultades mentales disminuyen, y se podría dar el caso de que la justicia estuviera en manos de gentes ya inutilizadas. Una fijación prudencial de la época en que es obligatorio el retiro de esos funcionarios y una ley eficaz de jubilaciones, solucionarían el problema de modo favorable.

*
**

Actualmente se inicia una fuerte campaña en la cual están interesados muchos de los elementos de mayor prestigio intelectual, para conseguir el aislamiento de la educación pública de los movimientos políticos que originan constantemente cambios de programas, remoción de personal, disputas y rivalidades perjudiciales para el desenvolvimiento de nuestra cultura. Y hay razón en ese movimiento. Ha sido Costa Rica, a pesar de sus pequeñas proporciones territoriales, uno de los pueblos que mejor solución han dado al problema de la educación de sus ciudadanos; y constituye para nosotros un legítimo motivo de orgullo el citar el reducido número de analfabetas que hay dentro de nuestras fronteras. De ahí que causen dolor el rezago y los estorbos que sufra la marcha de nuestras instituciones educacionales y que algunos espíritus escogidos se preocupen por hallar remedio a los graves males señalados. Merece citarse, con preferencia, entre quienes más han luchado por este ideal, al Lic. don Claudio González Rucavado, fallecido prematuramente y en mala hora para la República. Su proyecto del año 1912 para organizar el Poder Docente a la par de las tres entidades clásicas que forman el Gobierno del Estado, convertida en una realidad constitucional, satisfaría admirablemente esta noble aspiración de garantizar seguridad, dirección técnica independiente y continuidad a la enseñanza nacional.

En estos días se tramita en el Congreso una reforma quizá menos radical, pero que permite el resurgimiento de la Universidad costarricense, entre cuyas atribuciones principales estará la de orientar las actividades docentes del país. Habrá un jefe técnico de la educación nacional, de nombramiento del Consejo Universitario, que será a la vez el Subsecretario de la Cartera respectiva. Esta innovación y la que servirá de base al establecimiento del servicio civil, darán existencia positiva al ideal de estabilidad e independencia de las instituciones culturales de la nación.

Continuará en el próximo número

La hormiga viajera

Sin duda alguna, en los himenópteros, es en donde mayor desarrollo alcanza el psiquismo en los insectos. Mucho se ha dicho y mucho se sabe de la admirable organización de la abeja (género *Apis*). Ahora toca el turno a la hormiga viajera.

Científicamente esta hormiga se llama *Eciton Vagans Oliv.* Es de regular tamaño, color café oscuro, casi negro, antenas largas, cabeza rojiza, patas largas, abdomen corto y poco voluminoso. Lleva vida errante y social. La colonia está constituida por numerosos individuos—algunos miles. En la sociedad se distinguen algunas hembras fértiles (reinas, machos alados) y las hembras estériles u obreras sin alas que forman la masa del ejército. El nombre específico, *Vagans*, las caracteriza; van de un lado a otro, suben, bajan, siempre errantes. Pero no son estos detalles los que hemos querido poner de manifiesto. Hemos de relatar, entre otros, un hecho que nos maravilla. ¿Por qué viajan y para qué? Diremos algo de nuestras observaciones.

Viéndolas viajar observamos:

Que en la colonia está admirablemente repartido el trabajo. En la vanguardia van las obreras exploradoras. Marchan sin orden, escudriñan y cazan. Detrás, en orden riguroso, siguen las cargadoras que conducen penosamente las ninfas, voluminoso y pesado fardo.

Luego viene el séquito real, formado por machos y reinas, al que acompaña numerosa guardia de obreras defensoras. Hemos observado la organización del ejército en marcha. Toda movilización impone el abastecimiento y la seguridad.

¿Cómo se obtiene esto? Veámoslo. Dijimos que a la cabeza marchan las exploradoras. Estas exploran, cazan y dirigen la marcha. Observamos su constante y ardorosa labor. Van de aquí y de allí, suben, bajan, observan, olfatean, se asoman al borde del precipicio—una grieta—; registran el corazón de un viejo tronco, escudriñan los túneles que ha dejado una raíz, y así van registrándolo todo.

Dan con una larva gruesa y pesada, le dan muerte y la conducen a sitio conveniente; ahí queda señalando un lugar de abastecimiento. Más adelante cazan otra larva, luego un alacrán, una lagartija, una culebra: todo eso son otras despensas. Las cargadoras y el séquito real han de marchar por esos abastecimientos. De aquí que las exploradoras dirijan la marcha de la colonia.

Las cargadoras, para tomar un bocado que repare sus fuerzas, han de poner abajo su fatigosa carga, las ninfas que conducen. Y decimos un bocado, porque en la retaguardia vienen las reinas y machos con su séquito de obreras guardias, y es para la casta noble para quien deben quedar abundantes y mejores alimentos.

Pero debemos relatar un hecho:

Observando el trabajo de las exploradoras, vemos a una diligente obrera que, cautelosa, se asoma a un pequeño agujero. Allí, temeroso y asustado, se acurruca un grillo (*Grillus Asimilis*). La hormiga mide sus fuerzas, se siente impotente.

Presurosa, deja el observatorio y corre al encuentro de una compañera; le comunica su hallazgo, y ambas lo hacen extensivo a otras dos. La unión hace la fuerza.

Las cuatro reunidas toman precauciones y proceden al asalto. El grillo, aterrorizado, comprende su situación, y ejercitando sus robustas patas, de un formidable salto, como el de Pedro de Alvarado, se pone en fuga, refugiándose en lo alto de un jaral. Desde allí observa, casi triunfante, a sus pigmeos perseguidores.

La hormiga del hallazgo y sus tres compañeras parecen burladas, pero al igual que un Javert persiguiendo a Valjean, siguen la pista. La misma hormiga sube al jaral, descubre a su perseguido, echa sus cálculos y presurosa se baja. Ahora no da la noticia a sus compañeras, ahora la comunica a una falange de exploradoras, da las instrucciones pertinentes, y todas forman, a conveniente distancia del pie del jaral, un cordón circular. Dispuestas así, la misma rencorosa hormiga sube de nuevo al jaral, se acerca sigilosa al grillo y le muerde en un pierna. El grillo lanza un estridente ¡ay! y de una voltereta se lanza al espacio para caer en tierra y emprender su redentora fuga, pero a dos pasos se encuentra con el círculo de hormigas que le estrecha y asesina. El botín es conducido a lugar conveniente para abastecimiento.

La verídica narración apuntada es una muestra de ese psiquismo de que hablamos al principio. Es sencillamente admirable.

Quizá en la observación de la Naturaleza encuentra el hombre su mayor deleite, y de ella deriva sabias enseñanzas y hondas filosofías.

Prof. MANUEL VALERIO ALVARADO

El "tabú"...

Viene de la página 12

ficaciones terribles que causaban espanto al indio; el *waillopeñ* (animal deforme) habitaba en el agua y transmitía su deformidad a los hijos de las mujeres y animales que lo miraban; el *nurúvilu* (zorro, culebra) elegía los remansos de los ríos; el *witranalwe* (mito antropomorfo) vagaba por las casas de los que lo tenían a su servicio para hacerse ricos. El que lo veía enfermaba o moría. Se alimentaba de carne humana, especialmente de niños. Era un residuo, un símbolo, de la antropofagia antigua. Los indios atribuían muchas en-

fermedades o muertes repentinas a estos encuentros fatales. Para curar el espanto de los sobrevivientes, los *machí* recurrían a las prácticas mágicas destinadas a este fin.

Antiguamente respetaban como objetos *tabuados* los alimentos, fragmentos de vestuarios, tabacos y sangre que se depositaban como ofrendas en las horadaciones de las rocas sagradas.

Se consideraba un acto vedado jugar a la chueca durante la noche, ni aún a la luz de la luna; pues solamente los brujos apostaban a este juego la existencia de los vivos, en el misterioso silencio de la obscuridad.

Cuando moría un indio, permanecía su cadáver por algún tiempo dentro de la casa, frente al fuego, primero, y después encerrado en su ataúd; el espíritu seguía viviendo cerca de su cuerpo hasta que se verificaba la sepultura final y emigraba a la mansión de ultratumba. El cadáver era en ese período *tabú* que se respetaba. Reputábanse actos impíos murmurar del muerto, negarle parte de la comida y tocar irrespetuosamente el aparato de tronco de árboles que contenía el cadáver, o sentarse en él, por manifestar indiferencia a las ideas comunes.

(De *Atlántida*, Argentina)

Gran Sucursal de Café y Cacao Molido

TELEFONO No. 2804

APARTADO No. 24

RICARDO DORADO E HIJO

Diagonal a la Botica Solera

PASO DE LA VACA

CALIDAD, PUREZA, RENDIMIENTO

esto es lo que distingue a los productos de **DORADO**
CAFE, CACAO o BOMBONES

¡Ya está a la venta!

la obra del profesor don Napoleón Quesada S.

LECCIONES DE GRAMATICA CASTELLANA

Texto Oficial para los colegios de la República

PRECIO: ₡ 5.50 el ejemplar - **Por mayor: ₡ 4.50**

ALMACEN DE
ABARROTÉS



FABRICA DE
Velas, Jabones
y Fideos

LA ESPAÑA

DE

MARTINEZ & Cía.

APARTADO No. 211
TELEFONO No. 2756

San José - :: - Costa Rica



VENTAS AL
POR MAYOR



**GRAN
REALIZACION
DE MEDIO**

**AÑO
EN
LA**

TIENDA ROMERO

He aquí la única oportunidad de que el pueblo costarricense pueda proveerse para el bien vestir, con un costo tan ínfimo, que se escandalizará. De esta vez se convencerán nuestros favorecedores y el público en general, que no ha habido, en todo el comercio costarricense, realización igual. No deje para después su visita; hágala hoy mismo y así tendrá oportunidad de ver nuestro inmenso surtido de artículos que han entrado en esta liquidación.

GONZALEZ HNOS.